

ESPIRITUALIDAD Y HERMANDAD

1. Introducción

He escogido este tema para impartirlo como formación de las Hermandades porque creo que es de vital importancia. Lo primero es una aclaración de conceptos. ¿Qué entendemos por «*Espiritualidad cristiana*» y por «*Hermandad*»?

Una definición sencilla de *espiritualidad cristiana* es la vida movida por el Espíritu Santo en el seguimiento de Jesús. Todo en la vida de la Iglesia debe ser movido por el Espíritu Santo, porque Él es el verdadero director de nuestra vida o como le llama el Catecismo de la Iglesia es nuestro «Maestro interior». Ser cristiano es tener un estilo de vida, es una manera de ser y de actuar según los criterios del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, con la misión de evangelizar y transformar este mundo en Reino de Dios, es decir, que Dios llegue a reinar en cada corazón. La vida cristiana es un estilo de vida más que una religión que conlleva: formación, celebración de la fe (el culto litúrgico y vida sacramental), oración, relaciones humanas de amistad en Cristo, dimensión comunitaria y fraternal, práctica de la caridad.

El término «*Hermandad*» está relacionado con el de «*Fraternidad*». Somos cristianos por vocación, no porque nosotros hemos elegido a Cristo sino porque él nos ha elegido a nosotros (cf Jn 15,16). Él se ha fijado en nosotros, nos ha llamado y nosotros le hemos seguido. Cuando Jesús elige a sus primeros discípulos, generalmente los llama de dos en dos, llama a hermanos como Pedro y Andrés, y Santiago y Juan. Pero también los envía de dos en dos (cf Lc 10,1). Ya en los comienzos se vislumbra la vida de la Iglesia como vida de hermandad o fraternidad. Por el bautismo adquirimos la dignidad de hijos de Dios y por tanto somos hermanos. Las Hermandades y Cofradías son una manera peculiar de vivir esta hermandad del Reino de Dios.

La fraternidad de la Iglesia es para la fraternidad universal: “La misión de todos los hermanos, incorporados al Señor en su Iglesia, es reunir en su inmensa fraternidad a todos los hijos que están dispersos por el mundo” (cf Jn 11,52). La fraternidad es don de Dios a favor de la humanidad. El amor al hermano es expresión de esa fraternidad.

Ser hermanos, comportarnos como hermanos pertenece a la esencia del ser cristiano, es propio de la identidad cristiana. Somos

cristianos con el hermano, no somos cristianos aislados, sino hermanos integrados en una comunidad. Este fue el proyecto de Jesús y el de los apóstoles.

A una Hermandad o Cofradía se le van añadiendo hermanos, no son los que uno elije sino los que Dios les confía. Por eso la hermandad es un don de Dios pero también una tarea de los hermanos. Quienes tienen una mayor conciencia de esto son fermento en la masa.

La verdadera fraternidad crea ondas expansivas, como la piedra que cae en el lago. Dios toca el corazón de la Hermandad en la Junta de Gobierno para que sus miembros unidos sean una onda expansiva de hermandad que llegue a todos por contagio. El núcleo de la Hermandad se extiende a una Comunidad, que puede ser parroquial, donde hay encuentro con más hermanos.

2. Fundamento bíblico

Algunos textos bíblicos que fundamentan esta fraternidad:

- *«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte»* (1 Jn 3,14). Sin amor en el corazón no puede construirse hermandad.

- *«Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios»* (1 Jn 4,7). Dios es la fuente del verdadero amor, es la fuente a la que vamos los sedientos de Dios. Si no bebemos de este amor imposible construir la hermandad, las relaciones manifiestan nuestros intereses, nuestras miserias y egoísmos, y se deterioran. Esta fuente es la Santísima Trinidad, como nos dice san Juan de la Cruz al contemplar el Santísimo: *«Esta fonte está escondida en este Pan para darnos vida»*.

- *«Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud»* (1 Jn 4,12). Este es el milagro de la hermandad, el amor pleno, la alegría de respirar el aire puro de Dios.

- *«Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios»* (Ef 3,14-19). Cimentados en este amor

desarrollamos la espiritualidad que es la dimensión de la profundidad del amor.

- «*Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu*» (1 Cor 12, 13). El Espíritu es el de Cristo que se nos ha dado, sin la comunión con Cristo se desvanece la comunión de los hermanos.

- «*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Rom 5,5). Es el Espíritu el que derrama su amor en nuestros corazones para que vivamos la fraternidad del Reino.

Relacionado con la hermandad es *la comunión*. Es precioso lo que Juan Pablo II en el cuarto capítulo de la carta apostólica Novo Millennio Ineunte habla sobre la comunión. Dice que será necesario poner un decidido empeño programático en la comunión de la Iglesia. Esta comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da para hacer de todos nosotros «*un solo corazón y una sola alma*» (He 4,32). Nos invita al desarrollo de una espiritualidad de comunión: hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión; proponerla como principio educativo allí donde se forma el hombre y el cristiano; tener la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico; tener la capacidad de ver ante todo lo positivo del otro; «*dar espacio*» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas que engendran competitividad.

Y destaco también que esta comunión plena y visible de todos los cristianos se apoya en la plegaria de Jesús y no en nuestras capacidades: «*Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste*» (Jn 17,21). En el corazón de Jesús está este deseo de una profunda comunión de sus seguidores y de toda la humanidad.

3. Con la mirada en la fraternidad apostólica

Un texto evangélico que indica el servicio y la entrega de la vida como el talante de la fraternidad apostólica o el estilo de vida en las relaciones humanas dentro de una Hermandad, es el siguiente:

«Se acercaron a Jesús Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y les dijeron: “Maestro, queremos nos concedas lo que te pedimos”. Él les dijo: “¿Qué queréis que os conceda?”. Ellos le respondieron: “Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda”. Jesús les dijo: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?”. Ellos le dijeron: “Sí, podemos”. Jesús les dijo: “La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado”.

Al oír esto los otros diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan. Jesús, llamándoles, les dice: “Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”» (Mc 10,35-45).

Cuando la fraternidad se iba resquebrajando Jesús enseña a sus discípulos que la fraternidad es para servir y dar vida. Veamos la hermandad referida a Cristo, al mundo, a la comunidad cristiana y a la propia Hermandad según los titulares que son venerados.

- Referencia a Cristo

Jesús crea una fraternidad con los apóstoles con unos rasgos distintivos: comparte la responsabilidad de la misión; hay un clima de comunicación para compartir (Mc 6,30); se comunica con los llamados desde el diálogo (cf Mc 10,35-45); vive una transparencia y claridad desde la verdad; clima de intimidad (habla a solas, aparte); se dejará interrumpir por ellos; clarificará criterios.

Las nuevas relaciones de Jesús con sus discípulos se basan en el amor y el servicio: «He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra» (Jn 17,6); «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros» (Jn 17,11).

El lavatorio de los pies es la realidad simbólica con la que se constituye la comunidad de discípulos (cf Jn 13,6-11). Cristo es el

Esposo que enseña a servir principalmente a los últimos, a los más pobres y necesitados.

- *Referencia al mundo*

La Hermandad es enviada al mundo para ser presencia del amor y del perdón. Dios ha escogido a lo que no es para confundir a lo que es (cf 1 Cor 1,28). No se puede vivir la fraternidad en una especie de refugio, fuera del mundo. El verdadero hermano cofrade es antorcha encendida del amor de Dios en el mundo, fuego del Espíritu y Evangelio vivo para los demás.

- *Referida a la comunidad cristiana o parroquia*

La propia experiencia habla de los efectos positivos y negativos a partir de la fraternidad apostólica. San Pablo reprende, corrige, exhorta y estimula para crear una verdadera fraternidad. Veamos tres textos iluminadores:

- *«Me refiero a que cada uno de vosotros dice: “Yo soy de Pablo”, “Yo de Apolo”, “Yo de Cefas”, “Yo de Cristo”. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?» (1 Cor 2,12-13).*
- *«Así pues, os conjuro en virtud de toda exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Flp 2,1-5).*
- *«Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones, para que se ponga de manifiesto quienes son de probada virtud entre vosotros. Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come*

primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga» (1 Cor 11, 18-21).

- Referida a la propia Hermandad con su carisma propio

Un auténtico hermano ejerce su tarea apostólica si está íntimamente unido a Cristo y a sus hermanos en el nombre de Cristo, y esto lo hace con la alegría, que es fruto de la vida en el Espíritu.

La formación permanente es necesaria para avanzar en fraternidad; para conocer la persona y el mensaje de Jesús, el espíritu cristiano; madurar humanamente y cristianamente; y para vivir un verdadero espíritu cofrade.

El hermano es hermano entre hermanos. La conciencia de esta comunión lleva a la necesidad de suscitar y desarrollar la corresponsabilidad en la común y única misión de evangelizar a través de las imágenes titulares y el misterio que representan. Pablo VI escribía: "El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio".

La fraternidad apostólica se realiza en la Diócesis y en concreto en la Hermandad a la que se pertenece. La realidad de cada hermano es bastante distinta, porque cada persona es un mundo, un misterio irrepetible; cada persona vive el carisma según lo entiende y según su experiencia vivida. Todos los miembros de la Hermandad se complementan. Buscar la comunión y la hermandad es el gran reto y desafío, para que el mundo crea.

Una Hermandad pertenece a la Junta Local de Hermandades, una Hermandad no va por libre, como isla, sino que camina en comunión con las otras Hermandades, porque la Iglesia es un misterio de comunión para la misión.

4. El espíritu de la Hermandad necesita la continua conversión del corazón

La fraternidad comienza a nacer en la conversión del corazón que siempre debe estar actualizándose en mil gestos de amor lo que ya se siente y se cree. Estas relaciones humanas de hermandad tienen como fuente la experiencia interior del amor fuerte y tierno de Dios. Para vivir la hermandad es preciso «sentir» el rescoldo interior del amor.

La fraternidad cristiana es una llamada a vivir desde el amor. Pero, ¿qué significa amar en la hermandad? El amor exige una serie de actitudes en las relaciones interpersonales:

Amar es respetar. El respeto fraterno implica dos actitudes: venerar el misterio del hermano como quien venera algo sagrado y no meterse en el mundo del otro, es decir, no pensar mal, no hablar mal (guardar silencio y hacer la corrección fraterna).

Amar es adaptarse. Adaptarnos unos a otros, sin dominar y sin dejarse dominar. Dejarnos cuestionar por los hermanos evitando colisiones, y para ello “algo debe morir en mí y algo en ti”.

Amar es perdonar. En las relaciones fraternas se da una mayor o menor capacidad para el perdón. Entre las personas surgen rivalidades que han de ser afrontadas, pues son frutos del egoísmo personal (el rencor, el odio, la venganza, el resentimiento, la envidia, los celos, la antipatía). La paz no se encuentra hasta que no tomemos la decisión de perdonar.

Amar es aceptar. Aceptar es admitir con paz que el otro sea tal como es.

Amar es comunicarse. Comunicarse es entregar algo que es sustancialmente mío, algo que forma parte esencial de mi ser.

Amar es acoger. Acoger al otro es permitirle la entrada en mi recinto interior. Cuando la acogida es mutua se produce la comunión, que es un movimiento oscilante de dar y recibir. La acogida va unida al don de la escucha.

Amar es dialogar. El diálogo exige limpieza de corazón, sinceridad, para poder ver a Dios en el hermano.

Amar es asumir al hermano difícil. Asumir significa tratar al hermano con comprensión y cariño. El hermano difícil es el hermano enfermo, histérico, frustrado, resentido, excéntrico, inmaduro... Nos encontramos con hermanos “enfermos” en diferentes grados y diferentes patologías. Todos nosotros somos difíciles en algún momento. Cuando la persona vive una fría soledad interior es fácil que contraiga enfermedades del espíritu. Los hermanos difíciles pueden llegar a ser así porque se sienten vacíos de afecto fraterno. Llegan a tener la sensación de que nadie los quiere. Por eso sus comportamientos son de protesta, buscando una compensación.

Gandhi llegó a decir: «Tengo por hermano el mundo entero». Ésta es la conciencia infundida por Jesús a sus discípulos, sin discriminación y sin acepción de personas.

Dios nos ha elegido para que seamos antorcha encendida, luz de hermanos que resplandecen por su amor. Nuestro Dios desea que seamos reflejo de su comunión trinitaria. Todo esto exige un profundo cambio interior y un profundo cambio comunitario. Si deseáis corresponder al amor del Padre necesitáis la renovación interior día a día siendo hermanos de comunión que se dejan llevar por el Espíritu. Si Cristo es el centro de unidad de las hermanos de una verdadera Hermandad no puede faltar el vivir una profunda intimidad con Cristo ya que él nos dice: «*Sin mí nada podéis hacer*» (Jn 15,5).

Rvdo. P. Lázaro Albar Marín
Conferencia “Espiritualidad y Hermandad”
Ciclo de Formación del Consejo Local de Hermandades y Cofradías.

19 de junio de 2017